

A photograph of a wooden swing set against a sunset background. The swing seat is empty and hangs from two chains. The background shows a beach with waves and a wooden boardwalk in the foreground. The sky is a mix of light blue and orange, suggesting a sunset or sunrise.

Historia de un duelo

Carol Schaefer

Luciérnaga

Carol Schaefer

Historia de un duelo



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *An Ancient Tear*

Primera edición en inglés en 2004 a cargo de © AuthorHouse

© del texto: Carol Schaefer, 2014.

© de la traducción: Rocío Valero Lucas, 2018

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: marzo de 2019

© Edicions 62, S.A, 2019

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-17371-64-7

Depósito legal: B. 27.525-2018

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

1

La luna atrapaba en su luz la intrincada telaraña que cubría una esquina del cristal. A través de la ventana abierta, una suave brisa mecía dulcemente a la pequeña araña, que dormía en su tela. Sophie sintió una extraña y exquisita intimidad, que emanaba del silencio solitario de los hilos de plata.

En la casa reinaba un frescor otoñal, preñado de una fragancia de hojas muertas. Aún flotaba en el aire el aroma a roble y cedro que había dejado el fuego de la noche anterior. Su corazón sufría por las lágrimas que no habían sido derramadas, lágrimas inexplicablemente profundas, muchas más que las de la pasada noche, cuando ella y Tom habían hablado hasta tarde y habían hecho el amor por última vez. La sensación había sido casi incestuosa. Con los años, él se había convertido en una especie de hermano.

La manta afgana que habían traído de Irlanda aquel verano estaba extendida sobre el sofá de piel de búfalo. Allí se quedaron los dos, en el espacio etéreo, frente a frente, con los pies cruzados, envueltos en las almohadas y en la recia lana verde. Temía que si volvía a sentarse sobre el suave cuero, podía quedar atrapada en la agridulce niebla que aún los envolvía y ya no podría arrancarse de ella por completo. El viaje a Irlanda había cambiado la vida de Sophie misteriosamente, y ahora sentía que ya no podía volver a ser como antes. Ella y Tom habían hecho esa peregrinación para reconectar con sus raíces y, aunque ninguno lo había menciona-

do en ningún momento, los dos sabían que necesitaban reavivar su amor. Pero en algún momento del viaje, se habían dado por vencidos. Curiosamente, la compatibilidad entre ambos se había fortalecido, aunque ya no prendió de nuevo la chispa de su relación.

En este viaje, el momento que la había transformado había sucedido al pasar frente a la tumba de sus abuelos: dos suaves montículos cubiertos de espesa hierba color esmeralda. La reconfortante imagen del apacible reposo de la pareja había sido tan intensa que había comprado la manta verde para recordarla siempre.

Un desconcertante destello de oro translúcido acompañaba ahora a ese recuerdo. Sophie se sentó en el sillón, lejos de la manta que parecía tan descuidadamente extendida sobre el sofá. La luz de la lámpara de mesa caía sobre la lana verde como el sol del atardecer sobre las tumbas aquel día. Las lápidas proyectaban sombras que llegaban hasta sus pies. Sintió el mismo escalofrío que entonces.

Sus pies habían echado raíces en el suelo, como las de los frondosos árboles que salpicaban el cementerio. A lo lejos, en la bruma, Tom resultaba apenas visible mientras deambulaba entre las viejas lápidas. Tenues hilos de niebla flotaban entre las tumbas mientras Sophie lo miraba todo fascinada. Al principio se fijó en las violetas silvestres, con sus caras moradas tan parecidas a las de las hadas irlandesas que había esperado ver.

El velo de niebla espesaba rápidamente, las figuras de mármol se convertían en espectros. Por la puerta lateral izquierda de una capillita de piedra salieron nueve monjas en fila india, con las cabezas inclinadas en oración y súplica. Extrañas entre ellas, solo con Dios se relacionaban. El rumor de sus plegarias flotaba pesadamente en el aire húmedo. Cada una llevaba una herramienta de jardinería en la mano izquierda, para ocuparse del cuidado de las tumbas, y los

dedos de cada mano derecha acariciaban sin cesar las cuentas de madera de sus rosarios. Con paso lento, pausado, las hermanas enfilaron el camino que conducía desde detrás de la capilla hasta el fondo del cementerio y desembocaba en el mar. El color negro de sus hábitos era intenso incluso bajo la niebla. Si no alzaban esas cabezas tan profundamente inclinadas en oración, podían acabar adentrándose en las olas hipnóticamente rompientes. Cuando llegaron a la orilla, volvieron sobre sus pasos y desaparecieron detrás de un muro de árboles y lápidas. Cuando desaparecieron, todo quedó en calma en torno a ella, y otro mundo tomó el relevo. Sophie alzó la vista cuando un ángel dorado se desprendió de su réplica de mármol: la estatua que se cernía sobre las lápidas de sus abuelos. Por algún motivo, no se sorprendió. Creado con finísimo hilo de oro, brillante como el fuego, el ángel se aproximó. Liberado de su prisión de mármol, creció hasta erigirse sobre ella. La extraordinaria belleza de sus alas disipó todo miedo a la muerte que Sophie pudiera haber experimentado. Ahora, extrañamente, la deseaba.

Entonces, como si estuvieran en la escalera de entrada de la casa de la familia un día cualquiera, los abuelos, con toda naturalidad, se sentaron en sus lápidas. Reflejaban el brillo dorado del ángel. Aunque habían muerto antes de que ella naciera, Sophie sabía que eran ellos por las fotos que había visto. La leyenda familiar atribuía este hecho al dolor que les había causado perder a sus hijos por América.

Sus abuelos se inclinaron hacia delante como si se dispusieran a hablar, pero solo pudo sentir sus palabras. «Empieza a recordar a “la Madre”», pidieron.

—¡Cariño! ¡Ven! Tienes que ver esto.

La voz de Tom la llamaba desde lejos.

Sin pensarlo, Sophie se volvió para buscarlo entre las viejas lápidas. Cuando regresó, el ángel y sus abuelos habían desaparecido. Su corazón latía con fuerza, su cuerpo estaba

enrojecido por el calor del aire ahora húmedo, mientras pugnaba por fijar un recuerdo que se desvanecía, como un sueño, muy rápido. ¿Qué le habían pedido?

El aliento de Tom en la nuca la sobresaltó. Casi se desmayó. Él la atrapó cuando ya le cedían las piernas, y la guio rodeándola con un brazo. Pasó rozando la estatua del ángel y tocó sus alas suaves y frías. Mientras caminaban hacia el coche de alquiler, Sophie se volvió para echar una última mirada. La invadió la nostalgia.

Junto al aparcamiento, una estatua de la Virgen María custodiaba el cementerio. Por algún motivo, su rostro insondable resultaba reconfortante. Subió al coche sin decir palabra, mientras una solitaria lágrima, provocada por un recuerdo oculto, rodaba por su mejilla. Si Tom no hubiera estado allí para conducir, no sabía si habría podido marcharse, prendida como estaba de algo que no acertaba a nombrar.

Ya habían recorrido un largo trecho del angosto camino cuando Sophie rompió el silencio como si fuera un ayuno, uno de esos silencios que no incomodaban a su marido.

—¿Crees que ese es el precio que Dios les exige a todas las mujeres en alguna vida? ¿Esas monjas son lo que Él quiere que seamos todas?

Mientras formulaba esta pregunta, comprendió que estaba expresando en voz alta una duda que se había formado en su mente en segundo curso, con ocasión de su Primera Comunión. En aquel entonces, obtenía respuesta a todas sus dudas. Solo tenía que memorizarla.

Tom había rechazado la idea con un educado «¿Eh?». Lo había sacado de su ensimismamiento, como de costumbre.

El timbre del teléfono la devolvió bruscamente a la realidad. Alargó la mano para cogerlo mientras se enjugaba una lágrima. Fuera quien fuese quien llamaba, ya había colgado.

Era la segunda vez que ocurría ese día. Cansada, apagó la luz y se dijo que por la mañana debía buscar la foto de sus abuelos.

Después de una noche sin sueños, se despertó con la sensación de haber sido succionada por un agujero negro del universo. Tinta negra. Una mancha. El colchón nuevo la había ayudado a dormir mejor que en los últimos años. Sola en la antigua cama de matrimonio, habría acabado rodando hasta el hueco de Tom. Espirales de polvo habían acompañado a los de la mudanza mientras cargaban la cama con dosel por el largo pasillo y la sacaban por la puerta de entrada, con pasos lentos y prudentes, como si portaran un ataúd. La cama era lo único que quería Tom. ¿Habría rodado él hacia el hueco de ella?

El teléfono sonó una vez y enmudeció.

Café en mano, entró en el cuarto de estar ociosamente, arrastrando por el suelo de madera las zapatillas de felpa blanca, un viejo regalo de Navidad de uno de los chicos. Parada en medio del cuarto, como si fuera la primera vez, sintió que necesitaba liberar a la estancia del horrible papel pintado con el que tanto se había encariñado a lo largo de los años. Hasta que las paredes no estuvieron completamente cubiertas, ni ella ni Tom habían imaginado el efecto de quedar atrapados para siempre entre las inmensas, elegantes y selváticas frondas de aquel diseño. Tom había empezado a llamarla Jane. Esto había sucedido años atrás.

Las gigantescas hojas de árbol cobraban vida bajo la luz de la mañana, y entonces recordó que en realidad sí que había soñado, un sueño extraño pero no desconocido, en el que ella era una niña muy pequeña, de menos de dos años. Su madre, no cualquier otra mujer que hubiera conocido en su vida, la había acomodado, como siempre, en una cesta alo-

jada entre dos grandes raíces de un roble viejo, junto al río, sabiendo que allí estaría tranquila.

Y durante largo rato la niña apenas se había movido, apenas había respirado, mientras contemplaba cómo una gota de lluvia se quedaba prendida de una reluciente hoja de árbol sobre su cabeza y luego caía por fin, para ser absorbida por la acre tierra. Solo entonces se volvió para ver a su madre inclinada sobre el agua del río, lavando la ropa o elevando plegarias de agradecimiento antes de ponerse a arrancar zarzamoras de exuberantes arbustos espinosos. Si brillaba el sol y ella observaba el tiempo suficiente, las gotas se convertían en espejos brillantes que reflejaban los viejos y nudosos troncos de los árboles, y que a veces incluso rielaban con el río.

Si se encontraban junto al río al despuntar el día, el vapor del rocío de las hojas de color castaño envolvía a la niña como un sudario, y a veces la hacía soñar de nuevo. Eran sus momentos favoritos, más fascinantes incluso que contemplar las inquietas sombras que proyectaba el gran sol amarillo. Un día se fijó en un ala de gasa que desprendía un brillo dorado en el interior de un rayo de luz que se filtraba a través de las ramas de los árboles y se sintió envuelta en un calor mucho más dulce que el del sol. Desde ese día no cejó en su búsqueda.

En invierno la envolvían de pies a cabeza. A veces, la escarcha destellaba un momento y desaparecía. Normalmente el aire estaba cargado de humedad. Ya no había tantas aves o animalillos que llamaran su atención, y entonces trataba de zafarse de la gruesa colcha que la protegía, hasta que sentía cómo una oleada que llegaba de lo más profundo de la tierra la calmaba de nuevo.

Un día, cuando ya empezaban a crecer las flores silvestres de la primavera, su madre la sacó de la cesta ya demasiado justa y se la llevó al río, pisando húmedas piedras color carbón que brillaban bajo el sol. Las ramas de los árboles pen-

dían bajas, inclinadas bajo el peso de la lluvia nocturna. Una gota de agua cayó de una hoja y se estrelló en su frente. Solemnemente, descendió la cuesta hacia el río. Hacía fresco, pero sentía el calor de la mano de su madre sobre la suya. La vida irrumpía desde debajo de las hojas muertas, y su madre caminaba con cuidado de no pisar los nuevos brotes. Así que ella también ponía atención. Había llegado, ahora que ya se sentía mayor, ese momento que había esperado mientras el río se animaba con las historias que su madre le contaba durante sus caminatas.

Sophie intentó recordar las historias que habían cautivado a la niña en su sueño, pero fue inútil. Comprendió, sin embargo, que la terapia debía de estar funcionando. Prefería un sueño raro a no soñar nada. Por lo menos ella y su terapeuta tendrían algo de que hablar.

Observando el cuarto con las primeras luces de la mañana, todo le pareció gozosamente sencillo. Mañana acabaría de trabajar en el jardín, cuando todo el papel estuviera arrancado.

A media mañana, aún en camisón —la idea la había arrastrado—, Sophie solo había conseguido quitar una pequeña parte de un panel. Resignada, se entregó al proyecto como si fuera un ejercicio zen. Alguna lección debía de encerrar esa tarea aparentemente inútil, y ella debía descubrirla. Con esa idea se enfrentó al proyecto con decisión renovada.

Regresaba por fin por el pasillo, camino de la ducha, cuando volvió a sonar el teléfono.

—¡No te atrevas a colgar! —gritó Sophie.

—Hola, ¿qué tal?

Era Tom. Su voz de barítono sonaba triste.

—He llamado un par de veces.

—Pues me has asustado.

—Lo sé. ¿Comemos?

—Es que necesito ocuparme de un asunto —acertó a decir.

Silencio. Tom no sabía qué contestar. Con la advertencia de su terapeuta resonando en su cabeza, «No te preocupes de cómo se sienta él, ocúpate de cómo te sientes tú, por una vez», aceptó cenar el jueves. No le pareció bien hacer otra cosa.

La tienda de pinturas no le dio una solución para eliminar más fácilmente aquella presencia de tantos años, y Sophie comprendió que tenía por delante un trabajo muy duro. A modo de incentivo echó un vistazo a las muestras de pintura, con la esperanza de infundirse ánimos ante la idea del cuarto transformado.

Pero con todos los colores imaginables ante ella, el único que vio fue un coral pálido, como el resplandor de la luz de una vela. Se estremeció. Era el color que últimamente invadía sus sueños. Y como no confiaba en sus sueños, abandonó la tienda sin la muestra. ¿Descubriría a un monstruo esperando detrás de ese color? Todos los descubrimientos inesperados de recuerdos reprimidos revelados en programas de entrevistas habían hecho que temiera un poco a su propio inconsciente. Pero algo se agitaba en el fondo de su alma, pidiendo que lo reconocieran. Su mayor temor, que apenas acertaba a confesarse a sí misma, era que para ella no había nada más, que si exploraba su propia alma saldría de vacío. Decidió volver a casa por el camino más largo.

De nuevo ante el papel pintado, sintió cómo ese rascar lento y mecánico se convertía en una fuerza de sanación. Porque era justo lo que necesitaba: retirar capas en busca de su intención personal original, de descubrir por qué se había sentido tan bloqueada y deprimida, intermitentemente, durante tantos años, y por qué la leve depresión que padecía se iba agravando poco a poco, como una enfermedad. ¿Por qué no podía envejecer junto a Tom, y ya estaba?

Tras escuchar durante demasiado tiempo los problemas de Sophie, su mejor amiga, Penelope, que trabajaba como directora de *casting*, decidió que necesitaba distraerse con una experiencia distinta y la llamó para proponerle trabajar como figurante en una película que estaban rodando cerca de allí. Era un papel de profesora de finales de los años cincuenta. Le dijo que debía presentarse en el plató a las cinco de la mañana siguiente, con rulos en la cabeza.

En la sección de productos de belleza, Sophie repasaba el expositor mientras se sentía inmersa en un túnel del tiempo. Los almacenes Woolworth ofrecían la misma selección de rulos, de plástico o de esponja, de cuando ella era adolescente. A su mente acudieron recuerdos de años durmiendo sobre tubos de plástico rígido, pinchos clavándosele en el cráneo, orejas entumecidas por ser la única parte de su cabeza que podía apoyar en la almohada doblada. Los rulos de esponja le aplanaban la melena.

Cuando llegó a su casa, la imagen que vio en el espejo la desconcertó. Coronada con los mismos rulos de color rosa que había usado de adolescente, se alarmó al ver sus marcas de expresión, esas que nunca antes la habían molestado y que cuando era joven había deseado adquirir con el tiempo, porque querría decir que se había reído mucho en la vida. En sus ojos asomaba una preocupación nueva e inexplicable. Pero también había una insondable expresión de paciencia atemporal que ardía en el fondo de su ser, como cuando un ave se sienta a incubar sus huevos.

Tan pronto como su cabeza cayó sobre la almohada, Sophie sintió de nuevo el dolor insoportable que exigía la vanidad. ¿Acaso no se había insensibilizado su cuero cabelludo? ¿Cómo había podido soportarlo? ¿Cómo había afectado aquella tortura a su mente adolescente, a su alma? ¿Eran los rulos de plástico de color rosa los pies vendados de su generación? Consiguió dormir una hora como máximo de un tirón.

Pero la expectación la mantuvo despierta durante los cuarenta y cinco minutos que pasó conduciendo hasta el plató. Amanecía cuando un centenar de figurantes llegaron al vestuario, precedidos del vapor de sus cafés humeantes. Mujeres de todas las edades llevaban rulos en la cabeza. Algunas las llevaban cubiertas con pañuelos rojos, otras, con redecillas o cubrecabezas de plástico abullonados, color pastel, con bordes elásticos de encaje. Sophie se tocaba con un descolorido pañuelo de Pucci.

Se formó la cola para vestuario y Sophie empezó ya a deslizarse hacia un nuevo túnel del tiempo. El vestuario procedía realmente de los años cincuenta, calzado incluido. El dolor que le causaba andar con un par de zapatos de piel con tacón de aguja, que databan de hacía treinta años, era casi peor que la tortura de dormir con rulos de plástico.

Para su sorpresa, les entregaron fajas con ligas y medias. El director buscaba una forma de caminar que solo se conseguía llevando una faja. No era algo que pudiera fingirse. Mientras Sophie se esforzaba por embutirse en la suya, una persona de vestuario le preguntó a una joven figurante si podía quitarse el *piercing* de la nariz.

Con la faja y las medias puestas, toda su feminidad parecía comprimida. De la cintura a los muslos no podía mover un músculo, como si su sexualidad hubiera quedado encapsulada y disecada en un momento. Después de tantos años de libertad, ahora no importaba nada lo que su mente pensara acerca de quién era ella como mujer. Con la faja puesta, su cuerpo retrocedía al pasado, y eso afectaba a sus pensamientos.

Se repartieron sujetadores en forma de cono. Seguidamente, Sophie recibió un traje de dos piezas del color de la leche de magnesia de sabor a menta que le sentaba como los guantes de cabritilla que su madre solía usar para casi todo tipo de ocasiones, pero sobre todo para ir a la iglesia.

En la cola para peluquería se vio rodeada de chicas vestidas con faldas de vuelo con miriñaque, realizadas con crinolina y combinadas con jerséis con cuello falso de encaje y collar de perlas o broche circular. Las cumbres de sus puntia-gudos pechos habían cedido. Alguien de vestuario iba a tener que repartir clínex.

Encorsetada en el uniforme de las figuras de autoridad de su pasado, Sophie observó a las jóvenes comportarse como lo había hecho ella a su edad. No sabían. Se movían con demasiada libertad. Había que llevar la espalda rígida y contonearse despacio para no descomponerse. Cuando les pusieran laca en el pelo se darían cuenta: «Acércate, pero no me toques, que me estropeas el maquillaje», «Bésame en la mejilla, que llevo los labios pintados», «¡No bajas la capota, que me despeino!», «¿Se me ve la combinación?».

—¡Tu pelo tiene memoria!

La joven con pantalones de cuero ajustados y camiseta con estampado de leopardo rio mientras el cabello de Sophie recuperaba obediente su corte italiano, su forma ondulada con rizos esculpidos sobre los pómulos. Y sin necesidad de horquillas. De pronto se sintió orgullosa de su cabello y alarmada a la vez.

Metieron a los figurantes en la cafetería, donde debían esperar. Y esperar. El exceso de café y donuts empezaba a minar todo intento de permanecer en el presente. Sophie se levantó para ir en busca del baño.

Este, que se encontraba en una caravana, no era más grande que una cabina telefónica. Y así era imposible evitar el espejo de cuerpo entero. Cuando se vio por primera vez, se sobresaltó. No se reconocía. ¿Acaso siempre se había definido por su aspecto? El corte italiano del anuario del último curso enmarcaba un par de ojos que brillaban de esperanza. En su próxima excursión al baño, su mirada sería más honesta. Pero en esta ocasión, para evitar verse por segunda

vez, intentó fijar los broches de la faja a las medias realizando todo tipo de contorsiones. Sin embargo, su cuerpo sabio, que se rebelaba contra aquella tortura de devolución al pasado, estaba decidido a evitar que la faja ascendiera por encima de sus rodillas. El espacio apenas alcanzaba para ejecutar las contorsiones necesarias para volver a embutirse en aquella cosa y comprobar que las costuras estaban rectas. Una liga acabó estallando, por supuesto, en la parte posterior. La comicidad de la situación no ayudaba.

Desde el otro lado de la puerta se oyeron voces apremiantes.

—Están rodando en la entrada del colegio —gritó alguien.

Cuando abrió la puerta para ver quién hablaba, observó que a la directora de vestuario se le había pasado por alto el *piercing* que la chica llevaba en la lengua.

Dedicaron el resto de la mañana a rodar la escena que transcurría a la entrada de la escuela. Durante la comida que el servicio de catering dispuso en mesas de pícnic, los figurantes se mezclaron con los técnicos y con los actores. Después del descanso, los extras se reunieron en un aula. Chicos y chicas sentados en regazos ajenos, bromeando como amigos, cómodos entre ellos, sin pensar que sus reputaciones pudieran quedar empañadas o sus peinados destrozados. Sin embargo, Sophie se preguntaba si sabían lo que era la pasión que solo surgía después de años de prolegómenos sexuales.

La sesión no terminó hasta el atardecer. En la autopista, mientras volvía a casa, una suave puesta de sol se infiltró en sus fantasías.